

SELMA LAGERLÖF

# El maravilloso viaje de Nils Holgersson

ILUSTRACIONES DE THOMAS DOCHERTY



ANAYA

Título original: *Nils Holgerssons underbara resa genom Sverige*

Traducción: Matilde Goulard de Westberg (Planeta)

© De las ilustraciones: Thomas Docherty, 2008

© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2008

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.<sup>a</sup> edición, octubre 2008

Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

ISBN: 978-84-667-5381-4

Depósito legal: M. 38.434/2008

Impreso en MELSA

Ctra. de Fuenlabrada a Pinto, Km. 21,800

28320 Pinto (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Selma Lagerlöf

# El maravilloso viaje de Nils Holgersson

*Traducción:*

Matilde Goulard de Westberg

*Ilustraciones:*

Thomas Docherty





## I. *El muchacho*

EL DUENDECILLO

*Domingo, 20 de marzo*

**H**abía una vez un muchacho que tendría unos catorce años: era alto, desgarrado y con el pelo rubio como el lino. No servía para mucho: lo que más le gustaba era dormir y comer y, después de esto, hacer travesuras.

Era un domingo por la mañana y sus padres se estaban arreglando para ir a misa. El muchacho se había sentado al borde de la mesa, en mangas de camisa, pensando lo bueno que era que su padre y su madre se fueran para hacer lo que le diera la gana durante un par de horas. «Ahora podré descolgar la escopeta de mi padre y disparar un tiro sin que nadie tenga que meterse conmigo», se dijo.

Pero fue como si el padre hubiera adivinado lo que pensaba, porque, justamente cuando tenía puesto el pie en el umbral de la puerta, dispuesto a salir, se detuvo y se volvió hacia él.

—En vista de que no quieres ir a la iglesia con tu madre y conmigo —dijo—, me parece que, por lo menos, puedes leer el sermón en casa. ¿Prometes que lo harás?

—Bueno, sí. Lo leeré —dijo el chico, que pensó que no leería más que lo que tuviera ganas.

Le pareció que nunca había visto a su madre molestarse tanto. En un abrir y cerrar de ojos fue a la estantería, tomó el libro de sermones, lo colocó en la mesa cerca de la ventana y lo abrió por el sermón del día. Tomó también el Nuevo Testamento y lo colocó junto al libro

de sermones. Finalmente acercó a la mesa el gran sillón de cuero, que habían comprado el año pasado en la subasta de la Rectoría y que nadie usaba más que el padre.

El chico se sentó y pensó que su madre se había tomado demasiadas molestias en preparar la mesa, porque él no pensaba leer más que alguna que otra página. Pero, por segunda vez, parecía que el padre le había adivinado la intención. Se acercó y le dijo con voz severa:

—¡Ten cuidado de leer como es debido! Cuando vuelva te tomaré la lección de todas las páginas y si te has saltado alguna no lo vas a pasar bien.

—El sermón tiene catorce páginas y media —dijo la madre, para colmo—. Más vale que te pongas a leer inmediatamente si quieres que te dé tiempo.

Y, con esto, se fueron por fin. Pero al chico le pareció que había caído en una trampa. «Ahora se van felicitándose de que han encontrado una buena solución, y yo tengo que estar aquí atado a los sermones todo el tiempo que ellos están fuera», pensó.

Pero el padre y la madre no se marcharon felicitándose de nada. Iban bastante afligidos. Eran pobres gentes sencillas, caseras, y su propiedad no era más grande que un huertecillo. Cuando se establecieron en la casa no podían criar más que un cerdo y un par de gallinas; pero eran personas laboriosas y hábiles y ahora tenían vacas y gansos. Habían progresado mucho, y se habrían marchado contentos a misa aquella hermosa mañana si no fuera porque estaban preocupados por el hijo. El padre se quejaba de que era lento y perezoso; no había querido aprender nada en la escuela y apenas servía para algo más que guardar gansos. La madre admitía que era verdad, pero lo que a ella la entristecía, sobre todo, era que el muchacho era indómito y malo, duro con los animales y malintencionado con las personas. «¡Si Dios quisiera impedir su maldad y darle otra manera de ser! —decía la madre—. ¡Si no, causará su propia desgracia y la nuestra!».

El muchacho se quedó largo rato pensando si leería el sermón o no. Pero, al fin, llegó a la conclusión de que esta vez era mejor ser obediente. Se sentó en el sillón y empezó a leer. Después de un rato de haber estado mascullando mecánicamente a media voz, el murmullo empezó a adormecerle y notó que daba cabezadas.

Fuera hacía el más hermoso tiempo de primavera que se pueda imaginar. El año no había pasado del veinte de marzo, pero el muchacho vivía en Vemmenhög, en la parte más al sur de la región de Skane, y allí ya había llegado la primavera. El campo no estaba to-

davía verde, pero se notaban ya los brotes y había una brisa fresca. Había agua en todas las zanjas y acequias, y en los bordes florecía ya el tusilago amarillo. Todas las hierbas que crecían sobre la cerca de piedra se habían puesto brillantes y habían tomado un tono marrón. El bosque de hayas, allá a lo lejos, parecía que se había hinchado y se espesaba por momentos. El cielo alto era de un azul puro. La puerta de la casa estaba entornada de modo que se oía en la habitación el canto de las alondras. Las gallinas y los gansos andaban por delante de la casa y las vacas, que sentían el aire de primavera dentro del establo, mugían de cuando en cuando.

El muchacho leía dando cabezadas y luchaba contra el sueño. «No, no quiero dormirme, porque entonces no alcanzaré a terminar de leerlo en toda la mañana».

Pero, de todas maneras, se durmió.

«¿He dormido mucho tiempo o solo unos instantes?», se preguntó al despertarle un ligero ruido que oyó a sus espaldas.

En el mismo alféizar de la ventana, frente al muchacho, había un espejo pequeño y en él se reflejaba casi toda la habitación. En el mismo momento en que el muchacho levantó la cabeza, miró por casualidad al espejo y vio que la tapa del cofre de su madre estaba levantada.

La madre tenía un cofre grande y pesado de roble con herrajes, que nadie tenía permiso para abrir más que ella. Allí guardaba todo lo que había heredado de su propia madre y lo cuidaba como a la niña de sus ojos. Había allí un par de trajes antiguos de campesina, de paño rojo, con el corpiño corto, la falda tableada y un broche en el pecho adornado con perlitas. Había gorros almidonados blancos para la cabeza, pesadas hebillas de plata y cadenas. Actualmente la gente no quiere ponerse estas cosas y la madre había pensado muchas veces en desprenderse de ellas, pero no se había sentido con fuerzas.

El chico veía en el espejo claramente que la tapa del cofre estaba abierta. No podía comprender qué había pasado porque la madre la había cerrado antes de marcharse. Era imposible que la hubiera dejado abierta si el hijo estaba solo en casa.

Se quedó sobrecogido. Tenía miedo de que hubiera entrado un ladrón en la casa. No se atrevía a moverse; se quedó quieto, sentado, mirando fijamente al espejo.

Mientras esperaba a que el ladrón apareciera, empezó a preguntarse qué clase de sombra era la que caía sobre el borde del cofre. Miraba y miraba y no quería convencerse de lo que veían sus ojos. Pero lo que al principio era una sombra vaga empezó a aparecer cada

vez con mayor claridad y pronto notó que era algo real. Y era nada menos que un duendecillo, que estaba sentado a horcajadas en el borde del cofre.

El muchacho había oído hablar de los duendecillos, pero nunca había pensado que fuesen tan pequeños. Este que estaba allí sentado no tenía más de un palmo de alto. Era viejo, con el rostro arrugado, sin barba, y vestía un capote negro largo, calzones hasta la rodilla y un sombrero negro de ala ancha. Iba muy elegante, con encaje blanco en el borde de los puños y del cuello, zapatos de hebilla y ligas atadas con un lacito. Había sacado del cofre una cofia bordada y la miraba tan absorto que no notó que el muchacho se había despertado.

Este se quedó completamente sorprendido al ver al duendecillo, pero no se puede decir que se asustase mucho. Era imposible tener miedo de alguien tan pequeño. Y como el duendecillo estaba tan ocupado que ni veía ni oía, el muchacho pensó que tendría gracia jugarle una mala pasada: darle un empujón dentro del cofre y cerrar la tapa, o algo por el estilo.

Pero en todo caso, el muchacho no era tan valiente como para atreverse a tocar al duendecillo; miró alrededor para ver si en la habitación había algo con que poder empujarle. Dejó vagar la mirada desde el banco que servía de cama hasta la mesa plegable y desde la mesa hasta el fogón. Miró las ollas y la cafetera que estaban en el vasar al lado del fogón, el cubo para el agua junto a la puerta, el cucharón, los cuchillos, los tenedores, las fuentes y los platos que se veían por la puerta entreabierta de la alacena. Levantó la vista a la escopeta que colgaba en la pared junto al retrato de los reyes de Dinamarca, a los geranios y a las fucsias en flor en el alféizar de la ventana. Finalmente su mirada se detuvo sobre una vieja manga para cazar mariposas, que colgaba del marco de la ventana.

Verla, agarrarla y lanzarla sobre el borde del arcón, todo fue uno. Se quedó él mismo sorprendido de la suerte que había tenido. No comprendía cómo se las había arreglado pero, realmente, había cazado al duendecillo. El pobre estaba en el fondo de la larga manga, cabeza abajo, y no podía salir.

En el primer momento el muchacho no sabía qué hacer con su prisionero. Solamente se ocupó de balancear la manga de un lado a otro para que el duendecillo no pudiera trepar por ella.

El duendecillo empezó a hablar y le pidió que, por Dios, le liberase. Le dijo que les había ayudado a todos los de la casa durante años y no se merecía tal trato. Si el muchacho le soltaba, le daría algunos viejos ducados, una cuchara de plata y una moneda de oro tan grande como el reloj de su padre.



Al muchacho no le pareció que aquello fuera un ofrecimiento muy grande, pero desde que el duendecillo estaba en su poder le había empezado a tener miedo. Se daba cuenta de que se había metido en algo extraño y terrible, y que no pertenecía a su mundo, y tenía ganas de liberarse de aquella cosa diabólica.

Por eso aceptó inmediatamente el trato y mantuvo quieta la manga para que el duendecillo pudiera salir de ella. Pero cuando casi estaba fuera, el muchacho pensó que podía exigir algo mejor, todo lo que se le pudiera ocurrir de bueno. Por lo menos le debía haber puesto como condición al duendecillo que, por arte de magia, le metiese en la mollera el sermón. «¡Qué tonto he sido en prometerle la libertad!», pensó y empezó a agitar la manga para que el duendecillo volviese a caer dentro.

Pero, en el mismo momento, recibió una bofetada tan terrible que creyó que la cabeza se le había hecho mil pedazos. Se vio lanzado contra una de las paredes, después contra la otra y al fin cayó al suelo sin sentido.

Cuando recobró el conocimiento estaba solo en la habitación. No había ni rastro del duendecillo. La tapa del cofre estaba cerrada y la manga, como siempre, en la ventana. Si no fuera porque sentía arder la mejilla derecha por la bofetada, habría estado dispuesto a creer que todo había sido un sueño. «En todo caso mi padre y mi madre dirán que no ha sido otra cosa —pensó—, no me van a perdonar ninguna parte del sermón por causa del duende. Más vale que me ponga otra vez a leer».

Pero cuando se acercó a la mesa notó algo extraño. No era posible que la habitación hubiera crecido. Pero ¿por qué tenía que dar tantos pasos más de los que solía para llegar a la mesa? Y, ¿qué le pasaba a la silla? No parecía más grande que antes, pero él tenía que subirse primero al travesaño entre las patas y después trepar para llegar al asiento. Y lo mismo le pasaba a la mesa. No podía alcanzar el tablero sin subirse a los brazos del sillón.

—Pero ¿qué pasa? —dijo el muchacho—. Tiene que ser que el duende ha rehecho el sillón, la mesa y la habitación.

El libro de sermones estaba sobre la mesa y, al parecer, nada había cambiado. Pero tenía que haber algo raro en él, porque no podía leer una sola palabra sin colocarse sobre el mismo libro.

Leyó un par de líneas, pero, por casualidad, levantó la vista y su mirada fue a dar en el espejo, y entonces gritó en voz alta:

—¡Vaya! ¡Ahí hay otro!

Porque en el espejo vio claramente a un pequeñuelo con un gorro de borla y calzones cortos de gamuza.

## I. EL MUCHACHO

—¡Está vestido igual que yo! —dijo el muchacho dando una palmada de sorpresa. Pero entonces vio que el hombrecillo hacía lo mismo en el espejo.

El muchacho empezó a tirarse del pelo, a pellizcarse los brazos y a dar vueltas: el que se veía en el espejo hacía lo mismo.

Dio vueltas alrededor del espejo un par de veces para ver si se ocultaba alguien detrás. Pero no encontró a nadie y empezó a temblar de miedo. Porque entonces comprendió que el pequeñuelo que veía en el espejo era él mismo.

## LOS GANSOS SALVAJES

El muchacho no podía decidirse a creer que había quedado convertido en un duendecillo. «Tiene que ser solamente un sueño o una ilusión —pensaba—. Si espero un rato, volveré a ser humano».

Se colocó delante del espejo y cerró los ojos. Los volvió a abrir al cabo de un par de minutos con la esperanza de que todo hubiera pasado. Pero nada. Seguía siendo igual de pequeño. Por lo demás, tenía todo igual que cuando era normal. El pelo rubio como el lino, las pecas en la nariz, los remiendos en los calzones y el zurcido en la media; todo igual, solo que había disminuido.

De nada servía estarse quieto esperando. Tenía que tratar de emprender algo y lo mejor que podía hacer, en su opinión, era buscar al duendecillo y hacer las paces con él.

Saltó al suelo y comenzó a buscarle. Miró detrás de las sillas, y en la alacena, debajo del sofá y en el horno del pan. Hasta se metió en el agujero de los ratones, pero no pudo encontrar al duendecillo.

Lloraba mientras le buscaba, y le rogaba y prometía todo lo posible. Nunca volvería a faltar a su palabra, nunca más sería malo, nunca se volvería a dormir leyendo el sermón. Con tal de que volviera a ser humano, sería digno de confianza, sería bueno y obediente. Pero, por muchas promesas que hizo, de nada le sirvieron.

De pronto se acordó de que le había oído decir a su madre que esta clase de duendecillos suele vivir en los establos, y decidió ir allí inmediatamente para buscarle. Por suerte, la puerta de la casa estaba entornada, porque no hubiera podido llegar hasta el picaporte y abrirla, pero de esta manera salió sin dificultad.

Cuando llegó al vestíbulo buscó sus zuecos porque, dentro de la casa, claro está, andaba solo con los calcetines gruesos. Se preguntaba cómo se las arreglaría con aquellos zuecotes grandes pero, en el mismo momento, vio un par de zuequitos pequeños en el um-

bral de la puerta. Cuando se dio cuenta de que el duendecillo había sido tan previsor que también había transformado los zuecos, se sintió aún más angustiado. Parecía que aquella situación desesperante iba a durar mucho tiempo.

Sobre el viejo tablón de roble que estaba delante de la puerta de la casa saltaba un gorrión. Apenas echó una mirada al muchacho cuando comenzó a gritar:

—¡Tititt! ¡Tititt! ¡Mirad al guardián de gansos Nils! ¡Mirad a Pulgarcito! ¡Mirad a Nils Holgersson Pulgarcito!

Los gansos y las gallinas dirigieron inmediatamente sus miradas al muchacho y se produjo un cacareo terrible.

—Kukeliku —cantó el gallo—. Le ha estado bien. Kukeliku, me ha tirado de la cresta.

—Ka, ka, ka, le ha estado bien —gritaron las gallinas y lo repitieron una infinidad de veces.

Los gansos se arremolinaron, levantaron las cabezas todos juntos y preguntaron:

—¿Quién lo ha hecho? ¿Quién lo ha hecho?

Lo más extraño de todo esto era que el muchacho comprendía lo que decían. Estaba tan sorprendido que se quedó quieto en el escalón de la puerta escuchando. «Debe de ser porque me han convertido en duendecillo —se dijo—. Por eso entiendo el canto de los pájaros».

Le parecía insoportable que las gallinas no parasen de decir que le estaba bien empleado. Les tiró una piedra gritando:

—¡Callaos, brujas!

Pero no pensó que las gallinas ya no necesitaban tenerle miedo. Todo el gallinero se apresuró a colocarse a su alrededor gritando:

—Ka, ka, ka, te está bien empleado.

El muchacho trató de escaparse de ellas, pero las gallinas corrieron detrás gritando de tal modo que estuvo a punto de quedarse sordo. Nunca se habría librado de ellas si no hubiera sido porque se acercó el gato. Tan pronto como lo vieron, las gallinas se callaron e hicieron como si no se ocuparan de otra cosa que de escarbar la tierra en busca de lombrices.

El muchacho se fue corriendo hacia el gato.

—Minet, querido —le dijo—, tú que conoces todos los agujeros y escondites aquí en la casa, tienes que hacer el favor de decirme dónde puedo encontrar al duendecillo.

El gato no respondió inmediatamente. Se sentó, colocó el rabo elegantemente delante de las patas y le miró fijamente. Era un gato negro, grande, con una mancha blanca en el pecho. El pelo, muy atusado, le brillaba al sol. Había recogido las uñas y los ojos grises mos-

traban solamente una rajita fina en medio. El gato tenía un aire muy bonachón.

—Sé muy bien dónde vive el duendecillo —dijo con voz suave—, pero no es seguro que te lo vaya a decir.

—Minet, encanto, tienes que ayudarme —dijo el chico—. ¿No ves que me ha encantado?

El gato abrió un poco los ojos con un malicioso brillo verde.

—¿Te tengo que ayudar porque me has tirado del rabo muchas veces? —dijo finalmente.

El chico se enfadó y se olvidó completamente de las pocas fuerzas que tenía ahora.

—Te puedo volver a tirar del rabo —dijo corriendo hacia el gato.

En el mismo momento el gato se transformó de tal manera que el muchacho no podía creer que fuera el mismo animal. Todos los pelos del cuerpo se le pusieron de punta. Arqueó el lomo, alargó las patas, clavó las uñas en la tierra, echó hacia atrás las orejas y bufó: los ojos, completamente abiertos, le brillaban con un fuego encendido.

El muchacho no quería dejarse asustar por un gato, y dio un paso adelante. Pero el gato, de un salto, cayó sobre él, le tiró por el suelo y se colocó encima con las patas sobre el pecho y las fauces abiertas muy cerca de su cuello.

El muchacho sentía que las garras le atravesaban el chaleco y la camisa y llegaban a la piel, y notó que los colmillos del animal le hacían cosquillas en el cuello. Gritó con todas sus fuerzas pidiendo ayuda.

Pero nadie vino y creyó, con toda seguridad, que sus últimos momentos habían llegado. De pronto notó que el gato recogía sus uñas y le soltaba el cuello.

—Ya está bien —dijo el gato—, por ahora basta. Te dejo escapar esta vez por amor al ama. Solo quería que supieras quién de nosotros dos tiene ahora la fuerza.

Y el gato se marchó con el mismo aire tranquilo y bondadoso que tenía cuando llegó. El muchacho estaba tan avergonzado que no dijo una palabra y se apresuró a meterse en el establo en busca del duendecillo.

Allí no había más que tres vacas. Pero cuando el chico entró armaron tal ruido mugiendo que parecía que había treinta.

—Mu, mu, mu —mugía Rosa de Mayo—. Da gusto que haya justicia en este mundo.

—Mu, mu, mu —mugían a coro las tres.

No se podía entender lo que decían porque gritaban a cuál más.

El muchacho quería preguntar por el duendecillo, pero no se podía hacer oír porque las vacas estaban completamente revoluciona-

das. Se comportaban como cuando el muchacho les echaba un perro desconocido. Daban coces, volvían la cabeza hacia fuera y topaban con los cuernos.

—¡Acércate si te atreves —dijo Rosa de Mayo— y te daré una coz que no vas a olvidar en mucho tiempo!

—¡Acércate —dijo Lis de Oro— y bailarás sobre mis cuernos!

—¡Acércate, y verás a lo que sabe el zueco que me tiraste varias veces este verano pasado! —bramó Estrella.

—¡Acércate y te daré el pago que te mereces por la avispa que me metiste en una oreja! —rugió Lis de Oro.

Rosa de Mayo, la más vieja y comprensiva de las tres, era la que estaba más enfadada.

—¡Acércate —dijo— y te voy a hacer pagar por todas las veces que le has quitado de un tirón a tu madre la banqueta de ordeñar y todas las veces que le has puesto la zancadilla cuando llevaba los cubos de leche y por todas las lágrimas que ha llorado por tu culpa!

El muchacho quería decirles que se arrepentía, que había sido malo con ellas y que ahora sería bueno siempre con tal de que le dijiesen dónde estaba el duendecillo. Pero las vacas no le escucharon. Armaron tanto escándalo que le entró miedo de que alguna de ellas se soltase y le pareció que era mejor desaparecer del establo.

Cuando volvió a salir estaba completamente desolado. Se dio cuenta de que nadie en la casa quería ayudarle a encontrar al duendecillo y que, por lo demás, de poco le iba a servir encontrarlo. Se subió a la ancha cerca de piedra cubierta de espino y zarzamoras que rodeaba la casita. Allí se sentó para pensar qué le pasaría si no se convertía otra vez en humano. Cuando regresaran su padre y su madre de la iglesia, ¿qué iban a pensar? Y toda la gente de Vemmenhög y de Torp y de Skurup; vendrían a verlo de todo el partido judicial. Y tal vez su padre y su madre le llevarían a la feria de Kivik para enseñarle.

Era terrible pensarlo. Prefería que nadie volviera a verle.

Era espantoso lo desgraciado que se sentía. No había nadie tan desgraciado como él en el mundo. Ya no era una persona, era un ser monstruoso.

Poco a poco empezó a comprender lo que quería decir que ya no era un ser humano. Ahora estaba separado de todo: no podía jugar con los otros muchachos, no podía heredar la casa de campo de sus padres y era imposible que alguna vez pudiese casarse.

Miraba, sentado, hacia su casa. Era una casita pequeña encalada, con entramado de madera, y estaba como hundida en la tierra bajo el peso de su techo de paja. Las dependencias eran también muy pequeñas y las parcelas sembradas tan estrechas que apenas se podía

uno mover en ellas. Pero toda la propiedad, así pobre y pequeñita, ahora era demasiado buena para él. Ya no podía pedir mejor vivienda que un agujero en el suelo de la cuadra.

Hacía un tiempo buenísimo. Se oía el gotear del agua por todas partes, surgían los brotes, y el piar de los pájaros lo llenaba todo. Pero él estaba hundido en su profunda pena. Ya nada le alegraría nunca más.

Jamás había visto el cielo tan azul como aquel día. Las bandadas de aves migratorias pasaban volando. Venían del extranjero, habían atravesado el mar Báltico y marchaban hacia el Norte. Había aves de muchas clases, pero él no reconocía más que a los gansos salvajes que volaban en dos grandes líneas formando un ángulo.

Varias bandadas de gansos habían cruzado ya. Volaban muy alto pero, sin embargo, se les oía gritar:

—Nos vamos a las montañas. Nos vamos a las montañas.

Cuando los gansos salvajes veían a los gansos domésticos que andaban por delante de la casa, bajaban el vuelo hacia la tierra y gritaban:

—¡Venid con nosotros! ¡Venid con nosotros! ¡Nos vamos a las montañas!

Los gansos domésticos no podían dejar de alargar el cuello y escuchar. Pero respondían prudentemente:

—Estamos bien donde estamos. Estamos bien donde estamos.

Como se ha dicho, era un día maravilloso, con un aire en el que debía de ser una delicia volar, tan fresco y tan ligero. A cada bandada de gansos salvajes que pasaba volando, los gansos domésticos se ponían más inquietos. Un par de veces agitaron las alas como si hubieran querido seguirles en su vuelo. Pero una gansa vieja decía cada vez:

—¡No seáis locos! Esos van a pasar frío y hambre.

A uno de los gansos jóvenes los gritos de los gansos salvajes le producían verdaderas ganas de viajar.

—Como venga otra bandada, me voy con ellos —dijo.

Y llegó una nueva bandada gritando como las otras. El ganso joven respondió:

—¡Esperad! ¡Esperad! Voy con vosotros.

Levantó las alas y se elevó en el aire pero, como no estaba acostumbrado a volar, volvió a caer en tierra.

Los gansos salvajes debieron oír, en todo caso, sus voces. Dieron la vuelta y volaron lentamente para ver qué pasaba.

—¡Esperad! ¡Esperad! —gritó, e hizo un nuevo intento.

El muchacho, sentado en la cerca de piedra, oía todo. «Sería una lástima que el ganso grande se nos fuese —pensó—. Papá y mamá

tendrían una gran pena si, al volver de la iglesia, encontrasen que ha desaparecido».

Al pensar esto se había vuelto a olvidar completamente de que era tan pequeño y débil. Se plantó de un salto en medio de los gansos y se abrazó al cuello del ganso joven.

—¡No te vayas! —gritó.

Pero, justamente en ese momento, el ganso se había dado cuenta de lo que tenía que hacer para alzarse del suelo. No podía detenerse para sacudirse de encima al muchacho, y este tuvo que subir con él por los aires.

Se elevaron a las alturas tan deprisa que al muchacho le dio vértigo. Cuando se le ocurrió soltar el cuello del ganso, ya volaban tan alto que se habría matado si hubiera caído a tierra.

Lo único que pudo hacer para estar un poco mejor fue tratar de subirse al lomo del ganso. Y lo consiguió, aunque con grandes dificultades. Y tampoco era muy fácil mantenerse sobre la espalda resbaladiza entre las dos alas que se movían. Tuvo que agarrarse fuertemente a las plumas y plumones para no caerse.

#### LA TELA A CUADROS

El muchacho se mareó tanto que durante un largo rato no se dio cuenta de nada. El viento silbaba y zumbaba alrededor de él; las alas se agitaban y el ruido del viento en ellas era como una tempestad. Trece gansos volaban a su alrededor. Todos agitaban las alas y graznaban. Todo daba vueltas ante sus ojos y todo zumbaba en sus oídos. No sabía si volaban alto o bajo, ni en qué dirección.

Finalmente recobró el conocimiento y comprendió que debía tratar de enterarse de adónde le llevaban los gansos. Pero esto no era tan fácil, porque no se atrevía a mirar hacia abajo. Estaba seguro de que le daría vértigo si lo intentaba.

Los gansos no volaban demasiado alto porque el compañero de viaje recién llegado no podía respirar el aire más ligero. Por su causa lo hacían un poco más despacio que de costumbre.

Al fin, el chico hizo un esfuerzo y echó una ojeada a tierra. Le pareció que debajo de él había un gran mantel extendido, dividido en una cantidad innumerable de cuadros pequeños y grandes.

«¿Dónde he venido a parar?», se preguntó.

No veía más que cuadro tras cuadro. Algunos eran oblicuos, otros alargados, pero por todas partes había ángulos y líneas rectas. Nada era redondo ni con curvas.



—Pero ¿qué tela es esta tan grande a cuadros que veo aquí abajo? —dijo el muchacho sin esperar que alguien le contestara.

Pero los gansos que volaban a su alrededor le gritaron inmediatamente:

—Campos y prados. Campos y prados.

En ese momento se dio cuenta de que el gran trozo de tela a cuadros era la llanura de la región de Skane, sobre la que volaban. Y entonces empezó a comprender por qué tenía tantos colores y tantos cuadros. Los cuadros de un verde claro fueron los primeros que reconoció: eran las parcelas de centeno que habían sembrado el otoño pasado y que se habían mantenido verdes bajo la nieve. Los de color amarillo grisáceo eran los rastrojos donde habían crecido los cereales el verano anterior; los de color marrón eran los prados de hierba y trébol de la temporada pasada y los negros eran campos vacíos para la remolacha o campos arados y en barbecho. Los cuadros de color marrón con bordes amarillos eran seguramente bosquecillos de hayas, porque en ellos los grandes árboles están desnudos en el invierno, pero las hayas pequeñas, que crecen en los bordes, conservan las hojas secas amarillas hasta la primavera. Había también cuadros oscuros con algo gris en el centro: eran las grandes casas de campo, construidas formando cuadro, con los tejados de paja ennegrecida y el gran patio central cubierto de losas. Y había cuadros verdes en el centro y rodeados de marrón: eran los jardines donde los céspedes ya habían empezado a verdear, pero los arbustos y árboles que los rodeaban estaban todavía desnudos con las cortezas oscuras.

El muchacho no pudo menos que echarse a reír cuando vio que todo era a cuadros.

Pero cuando los gansos salvajes le oyeron reírse le gritaron, como corrigiéndole:

—Es una tierra buena y fértil. Es una tierra buena y fértil.

El muchacho ya se había puesto serio pensando:

«¡Que te rías cuando te ha ocurrido lo peor que le puede suceder a un ser humano!».

Y se quedó serio un rato, pero pronto volvió a reír.

Y como ya se había acostumbrado a la velocidad, y podía pensar en algo más que en mantenerse sobre las espaldas del ganso, empezó a notar que el aire estaba lleno de bandadas de aves que volaban hacia el Norte y que se llamaban y gritaban de una bandada a otra.

—Vaya. Habéis atravesado el Báltico hoy —gritaban algunos.

—Sí, sí —respondían los gansos—. ¿Cómo creéis que anda la primavera por aquí?

—No hay una hoja en los árboles y el agua de los lagos está fría —les respondían.

Cuando los gansos volaban sobre algún lugar donde picoteaban aves domésticas, gritaban:

—¿Cómo se llama esa casa? ¿Cómo se llama esa casa?

El gallo levantaba la cabeza y respondía:

—La casa se llama Campo Pequeño este año igual que el pasado, este año igual que el pasado.

La mayor parte de las casas tenían el mismo nombre que sus dueños, como es usual en Skane, pero en lugar de responder que era la casa de Per Matsson o de Ola Bosson, los gallos inventaban un nombre que les parecía conveniente. Los que vivían en una casita pobre y modesta gritaban:

—Esta casa se llama Gran Molino.

Y los que pertenecían a las más pobres, gritaban:

—La casa se llama La Pequeña, La Pequeña, La Pequeña.

A las casas de campo acomodadas los gallos les daban nombres sonoros como Campo de la Fortuna, Colina de los Huevos, Barrio de Plata.

Pero los gallos de los castillos y palacios eran demasiado orgullosos para buscarles un nombre gracioso. Uno de ellos cacareó y cantó con todas sus fuerzas como si quisiera que le oyeran en el mismo sol:

—Este es el castillo de Dybeck este año igual que el pasado. Este año igual que el pasado.

Y un poco más adelante había uno que gritaba:

—Esto es Svaneholm, el Islote del Cisne. Todo el mundo debe saberlo.

El muchacho notó que los gansos no volaban en línea recta. Iban de aquí para allá por la llanura del sur, como si les gustase estar de nuevo en la región de Skane y hacer una visita a todas las casas.

Llegaron a un lugar donde había unos edificios grandes y pesados con chimeneas altas y gran cantidad de casitas bajas alrededor.

—Esta es la fábrica de azúcar de Jordberga —gritaron los gallos—. Esta es la fábrica de azúcar de Jordberga.

El muchacho dio un respingo en las espaldas del ganso. Debía haber reconocido aquel lugar. No estaba lejos de su casa, y el año pasado había estado empleado allí como guarda. Pero es que nada parecía lo mismo visto desde lo alto.

«¡Imagínate! ¡Imagínate! ¡Asa, la guardiana de gansos y el pequeño Mats que habían sido sus compañeros el año pasado!». Al muchacho le hubiera gustado saber si todavía estaban allí. ¿Qué habrían dicho si hubieran podido sospechar que volaba sobre sus cabezas?

Perdieron de vista la fábrica de Jordberga y volaron sobre Svedala y Skabersjö y volvieron por encima de Börringekloster y Häckeberga. El muchacho pudo ver en un día mucho más de la región de Skane que lo que había visto en toda su vida.

Los gansos salvajes se divertían más que nunca cuando encontraban a los gansos domésticos. Volaban muy despacio y gritaban:

—Vamos a las montañas. ¿Por qué no venís con nosotros? ¿Por qué no venís con nosotros?

Pero los gansos domésticos respondían:

—Todavía es invierno. Habéis venido demasiado pronto. ¡Volveos! ¡Volveos!

Los gansos salvajes descendían para que se les oyese mejor y gritaban:

—¡Venid con nosotros, os enseñaremos a volar y a nadar!

Los gansos domésticos se enfadaban y no emitían ni un graznido.

Pero los gansos salvajes descendían aún más, de modo que casi tocaban tierra y después se elevaban rápidamente como si se hubieran asustado mucho.

—¡Uy, uy, uy! —gritaban—. No eran gansos. Eran ovejas. Eran ovejas.

Los gansos domésticos se ponían furiosos y gritaban:

—¡Ojalá os maten de un tiro a todos, a todos!

Al oír todas estas bromas el muchacho se reía. Después se acordaba de lo que le había pasado y lloraba. Pero un momento después volvía a reírse.

Nunca había viajado con tanta velocidad, y siempre le había gustado cabalgar deprisa y furiosamente. Claro que nunca había pensado que se pudiera sentir un aire tan fresco allá arriba, y que del suelo subiera un olor tan bueno a tierra mojada y a resina. Tampoco había pensado que se pudiera viajar tan alto por encima de la tierra. Pero era como si al volar dejara atrás todas las preocupaciones, las penas y los disgustos de cualquier clase.